

CONSIDERACIONES SOBRE LA PLATERIA

POR

JEAN E. PUIFORCAT

Jean Puiforcat, distinguidísimo orfebre francés, se encuentra en México dedicado a sus actividades artísticas. México ha obtenido así a un notable orfebre que con sus enseñanzas beneficiará, a no dudarlo, la monótona y rutinaria platería mexicana que no ha sabido hacer otra cosa que copiar mal modelos del pasado. Pero si todo va cambiando en arte para adaptarse a nuestros días y a nuestras necesidades actuales, necesario es que esta rama del arte reciba una modificación igual para ponerse a la altura del arte pictórico o de otras manifestaciones similares.

El señor Puiforcat ha tenido la gentileza de escribir de arte para nuestros Anales que nos honramos en reproducir, así como algunas de sus obras recientes.

M. T.

EL platero, por la variedad de su técnica, por la nobleza de la materia empleada y por su propia independencia, está íntimamente ligado con el Arte.

En los antiguos desfiles corporativos, en Francia, el platero marchaba a la cabeza y tenía, como los hidalgos, el derecho de llevar espada. Era, además, el primero en audacia e innovaciones; más que cualquier otro, era creador de "estilo" de una época y, hasta el siglo XIX, cumplió su misión. En la corporación se destacaba siempre el maestro que imponía nuevas direcciones a sus colegas y al público; esa agrupación, alrededor de una idea creadora, formaba el "estilo".

En el campo del "arte puro" no es de desear el fenómeno de un único artista, creador y constructor de ritmos nuevos; el gesto personal excluye a la escuela y, como los genios son escasos, sobre todo en oficio de arte, si se aplicara aquella fórmula, el arte desaparecería pronto.

Se supone que cada época engendra algunos artistas de suficiente valor en cada oficio, participando de la misma evolución colectiva tendrán, entre ellos, afinidades y también, más o menos, recibirán la impronta del maestro que haya demostrado audacia mayor; así se realizará la agrupación, pero cada individuo tiene algo que decir, puesto que, como ser humano, posee un fondo propio y sentimientos personales, es —como ha dicho Charles-Louis Philippe— "...un buen obrero que se escucha, y que, en su rincón, cándidamente escribe lo que oye".

El artista crea ritmos nuevos con elementos conocidos y deja hablar a su corazón, porque la tradición no consiste en copiar predecesores o contemporáneos, ni siquiera en poner nuevas decoraciones sobre formas viejas. A tiempos nuevos, nuevas sensibilidades; si es lógico admitir que los hombres de una misma época reaccionen aproximadamente del mismo modo, no lo es tanto el que uno de ellos tenga una vida emotiva vieja en varios siglos. Que el corazón deje de latir es sinónimo de muerte. Negar esa necesidad vital, esa continua renovación, es negar a Leonardo de Vinci, al Greco, a Beethoven, a Wagner.

Ahora bien, en el plano artístico nuestro oficio, la platería, estaba muerta. Estaba en manos de industriales que, por fuerza y negligencia, acataban los gustos de su clientela y trabajaban según el repertorio legado: imitaciones y copias, ninguna búsqueda, ninguna originalidad. El peligro era tanto mayor cuanto que a esa incuria correspondía, en el tiempo, una revolución total de la existencia humana, la ciencia amenazaba con barrer todos los valores sensibles. He oído negar la atracción y la realidad misma de colores y sonidos, para esos individuos una flor o una música eran un suplicio, eran, según ellos, tonterías con valor solamente para espíritus atrasados, no concebían sino una realidad: los números y sus

aplicaciones brutalmente materiales. Esto equivale a negar todo sentimiento, incluso el amor, y si no se puede esperar nivelarnos a la altura de los dioses, hacerlo a la de los animales es una perspectiva odiosa.

Hoy más que nunca subsiste el peligro de ese porvenir gris y vulgar y, más que a ningún otro, amenaza al platero, pero éste tiene el deber de contribuir a mantener lo que queda de sentimiento en el corazón del hombre. Sentarse a una buena mesa bien decorada es una de las más dulces manifestaciones de la "Familia", la vida moderna apenas la concibe.

En su propio interés el platero debe reaccionar y luchar; después de un período de letargo tiene que cumplir con ese deber y volver a encontrar las rutas de la verdadera tradición, que será su mejor defensa contra el materialismo integral, triste horizonte actual de nosotros.

Aunque tal deber haya sido comprendido en Europa, sin embargo algunos países de platería como Inglaterra, Italia, Portugal, España, no han reaccionado en forma suficiente.

Esencialmente conservadora, Inglaterra no admite intervención extranjera. El inglés compra el objeto fabricado en su país según las normas fijadas por sus abuelos y se asusta, en forma muy curiosa, de toda innovación, venga de fuera o de dentro. Ultimamente se ha notado una atracción hacia los temas de los países nórdicos; seguramente los plateros ingleses sentían, sin duda, el peligro de esa corriente, pues, antes de la guerra, su corporación me invitó a visitarlos y exponerles mis búsquedas y trabajos.

Italia, patria de muchos y grandes artistas, parece no interesarse ya por el oficio. Su última manifestación, en París, fué de una increíble pobreza de técnica y de gusto.

Portugal ha conservado el sentido del verdadero oficio y el imponente número de sus artesanos prueba las posibilidades de ese país enamorado de la platería. Buena técnica y buen trabajo, pero una falta completa de sentido artístico; sin embargo, sé que conocen el peligro que los amenaza.

España, atraída sobre todo por la impresión ficticia de riqueza exterior, sacrifica el oficio y el gusto: he visto una de las mayores vajillas españolas, era de metal plateado. En España sólo conserva su valor de ejecución el trabajo de incrustación (Toledo, Eibar), pero sin renovarse.

No hablo de otros países como Rusia, los Estados balcánicos, Alemania, que nunca han sido o que ya no son países de platería.

En Francia se ha hecho un esfuerzo considerable. Este país, que había provisto a Europa entera, que había labrado las platerías de todas las cortes y dado, con San Eloy, un patrón a la corporación, tenía que cumplir una misión largo tiempo olvidada. Conservaba la vieja tradición del trabajo a mano y sus talleres eran iguales a los de la Edad Media, entre patronos y obreros se mantenía ese buen humor que alimentan reuniones amistosas, vasos de nuestro buen vino en mano; se perpetuaba ese espíritu de "familia grande" que la antigua corporación comprendía tan bien. Terreno tan rico tenía que ser cultivado y hace veinte años que vengo empeñándome en esa tarea; los resultados han sido notables: bastaba con que dejásemos expresarse libremente nuestros ritmos interiores para reanudar los lazos con nuestros grandes antecesores. Esperemos que la gran tormenta no haya acabado con esa obra.

Dicho movimiento se había extendido a nuestros amigos belgas y holandeses.

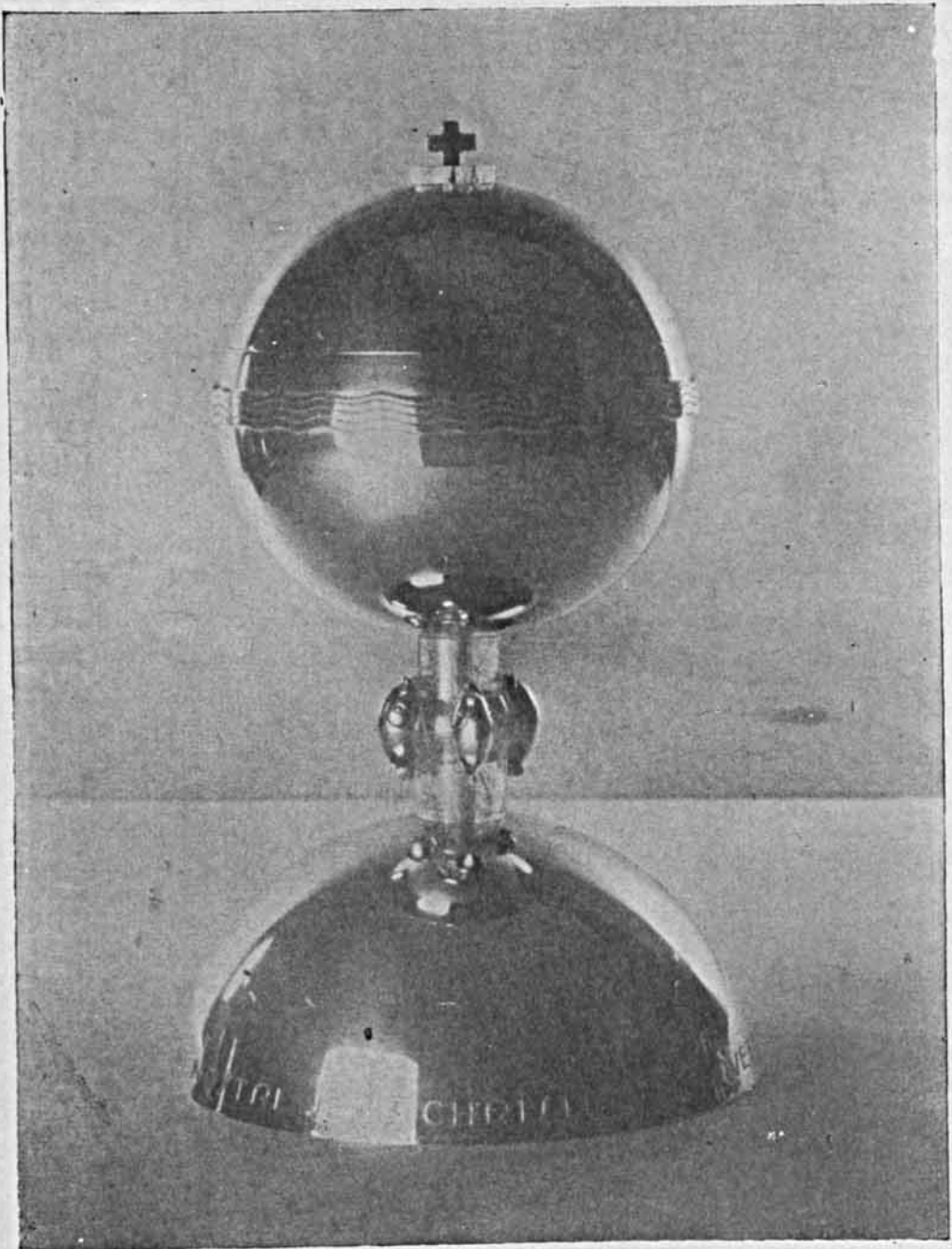
Los belgas estaban, también, en manos de industriales que tenían grandes y magníficos talleres pero, a pesar de la importancia del trabajo mecánico, la "mano" no había sido olvidada. Cuando los ojos se abrieron, revivieron las fuerzas latentes. Ya han salido, de manos belgas, excelentes piezas.

Los holandeses, quizá menos plateros, también se han esforzado con especial éxito en el arte religioso, en el que sobresalen dos o tres artistas de gran valor.

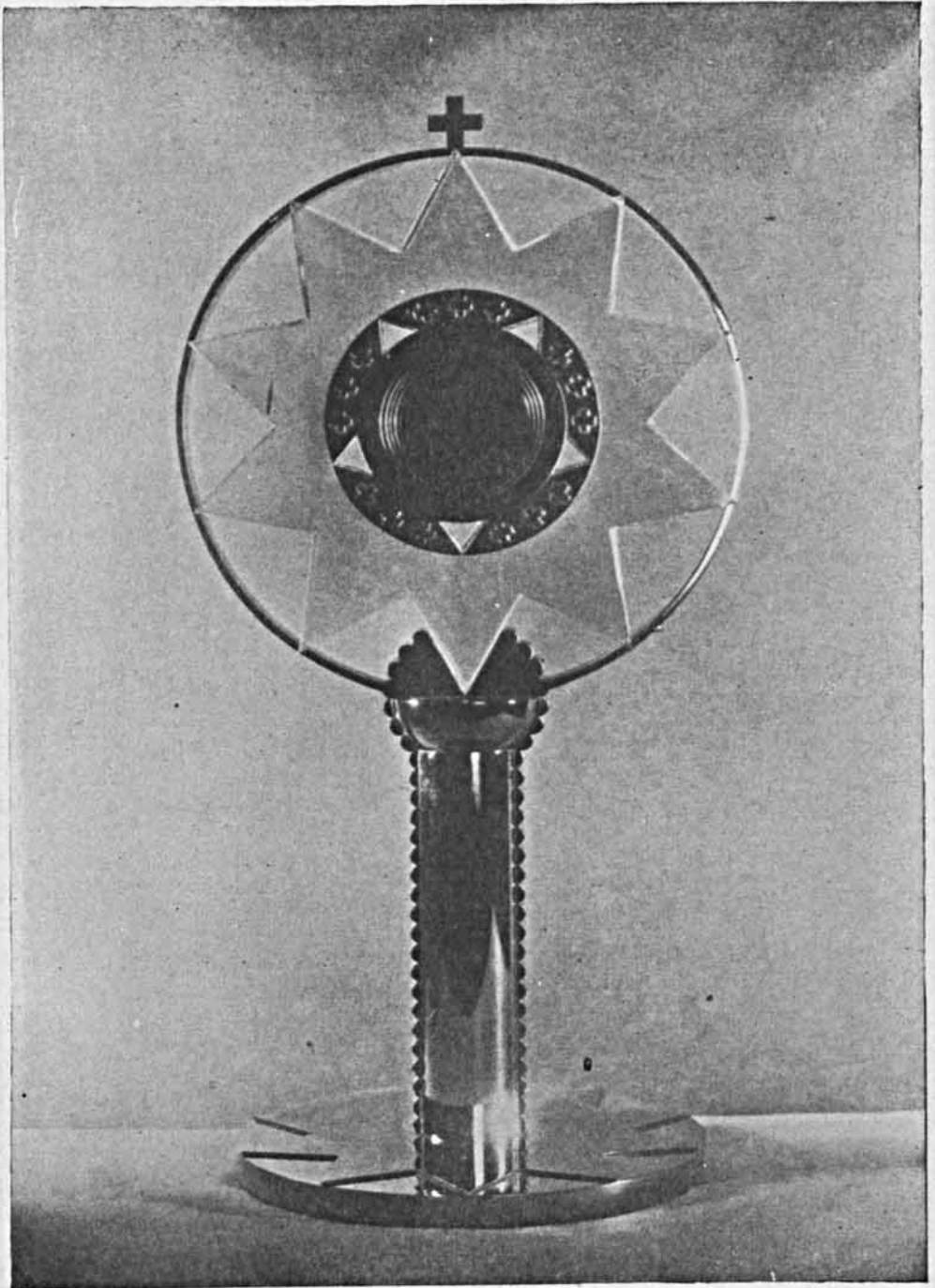
Semejante impulso era también notable en los países nórdicos, Suecia y Noruega.

Y ¡qué esfuerzo el de un pueblo tan pequeño como el danés! Tuvo un gran artista que tal vez se inspiró demasiado en los elementos populares del pasado, pero de tanta iniciativa y que desarrolló tal movimiento, que hasta en los plateros ingleses dejó sentir su influencia. Hoy en día, Dinamarca cuenta con una legión de auténticos plateros, recompensados de haber dejado hablar a su corazón. Ese país es una respuesta viviente a una frecuente y medrosa interrogación: hay quienes afirman que la platería es un lujo sin relación alguna con la vida actual, pero en Dinamarca no hay casa, por modesta que sea, que no tenga alguna pieza de platería cuyos reflejos alegran el humilde hogar; es un pueblo con gusto y que ama aquella hermosa materia, símbolo del patrimonio y de la familia.

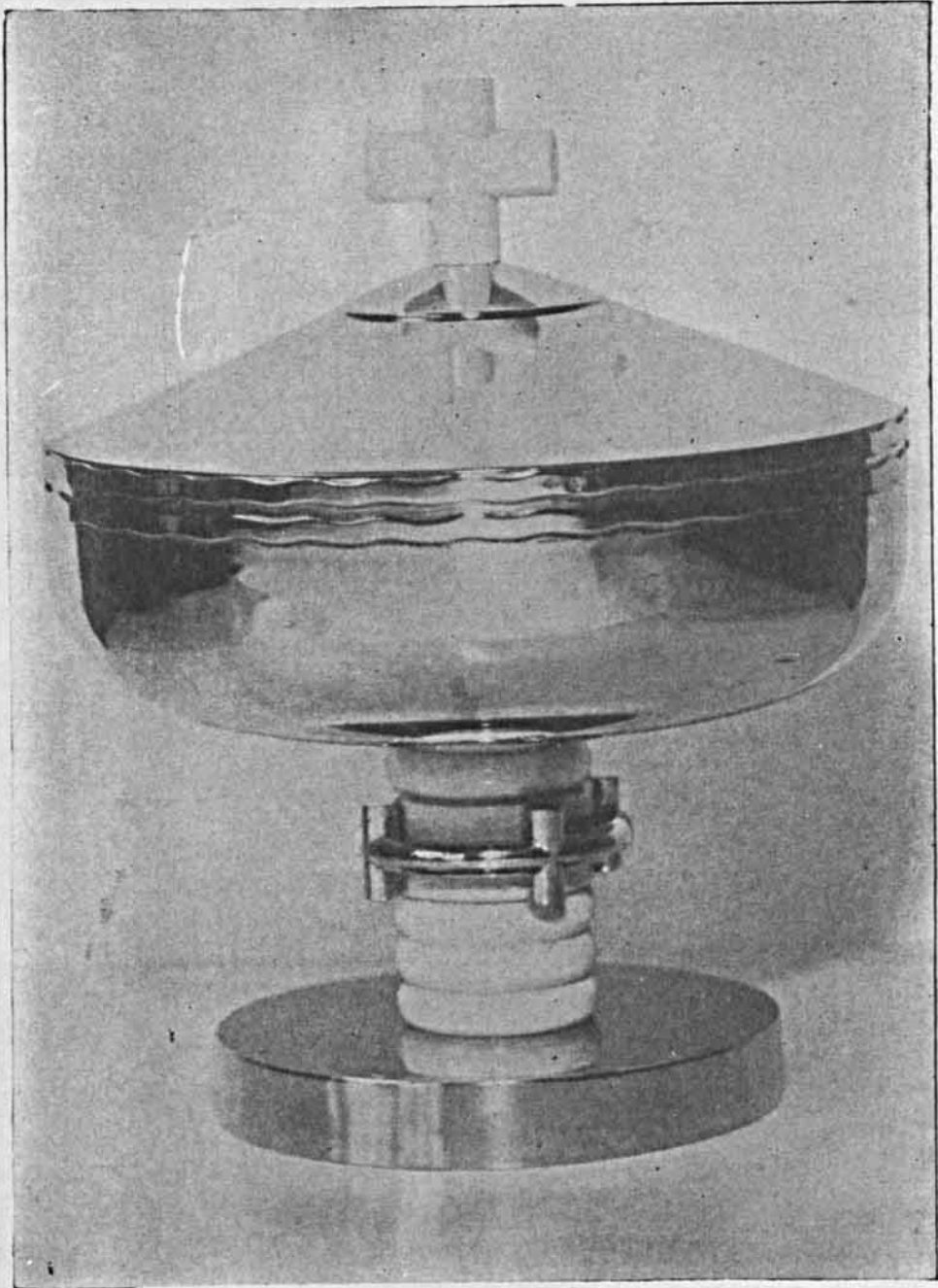
Ya pasó el tiempo de los muebles de plata, ya no veremos como en Versalles, naranjos en cajones de plata maciza, pero sí se podrá trabajar



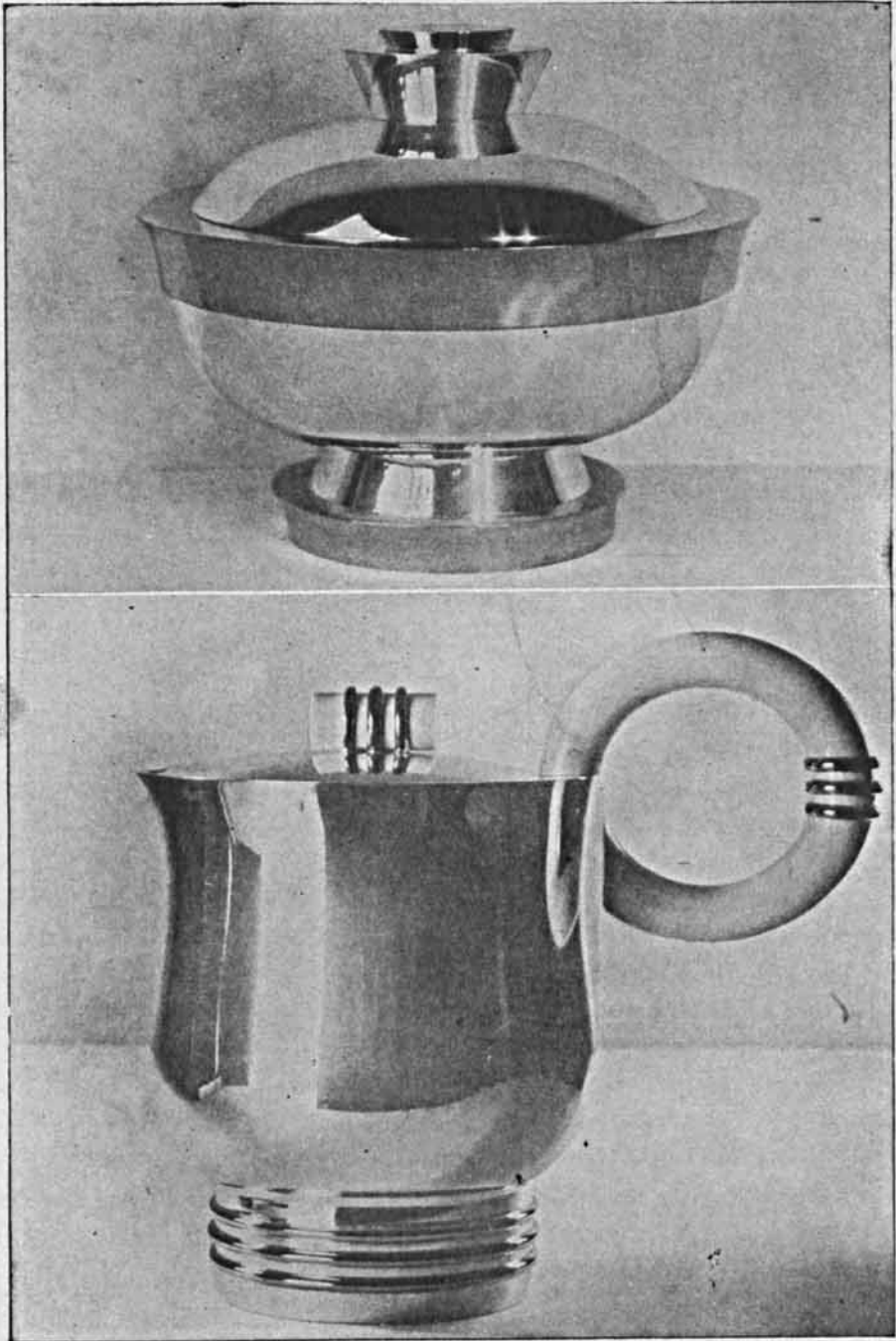
Copón de plata, por J. E. Puigforcat



Custodia de plata y cristal, por J. E. Puigforcat



Copón de plata y esmalte, por J. E. Puigforcat



Otras obras de platería de J. E. Puigforcat

platería accesible a medios modestos: obras sencillas que expresen el ritmo interno del que las concibió, que sean fieles a su destino y, al mismo tiempo, de *acabado perfecto*. Más valen soldaduras invisibles que cincelados incompletos; es más rica la sencillez impecable que el falso lujo, y está más en la tradición del oficio.

En la desorientación de los principios de este siglo fué la perfección de la técnica la que, en Europa, salvó en parte a la platería de una desaparición completa, ello aunque muchos industriales abusasen del trabajo en serie, del estampado y de la fundición. Aunque sin alma, la ejecución seguía impecable porque se guardaba respeto para esa materia que confiere al oficio una innegable nobleza. Nunca la respetaremos bastante y, si casi siempre hay que desechiar la máquina, también hay que desconfiar de esa virtuosidad que tanto le gusta a cierto público; la virtuosidad tortura a la materia y mata al estilo (por estilo entiendo aquí, el sello del afán interior del individuo). La excesiva habilidad es lo exterior, y el mundo tiende ya demasiado a vivir exteriorizándose.

Por supuesto, una obra tiene que estar bien hecha. Las leyes gramaticales son necesarias para hacerse entender, como las de resistencia para construir una casa; pero su aplicación es el oficio, no la literatura ni la arquitectura.

La ejecución no es sino el medio puesto a la disposición del creador para conectar su sensibilidad y llamar a la de los demás. El platero debe conocer su oficio, lograr impecablemente su obra y acabarla exactamente pero, al concebirla, debe independizarse de esa formación y dejar que su inspiración se explye.

Existe otra etapa entre las primeras sensaciones y su expresión en la materia, no basta con la inspiración y con traducirla directamente en plata, además, hay que darle esa armonía, esa euritmia que le permitirán tal vez no el ser comprendida, pero sí la harán ser sentida y le darán todo su valor. Con esto se toca un punto que necesitaría amplio desarrollo: la cultura del artista. El platero tiene que ser artista y no un simple mercader como el abarrotero su vecino; no le exigiremos —no lo exigimos que sea, como los antiguos, gran matemático, astrónomo, químico, poeta, pero sí que cultive su alma y su inteligencia.

Existen las cifras de los materialistas, pero existe también el “Número”, el que preside a la arquitectura celeste y a la concha del caracol, a los cristales de nieve y a la posición de las hojas en la rama; está en el Partenón y en el espejo egipcio, en los lienzos de Leonardo de Vinci y

en Nuestra Señora de París. Grandes leyes que torpemente desdeñamos y que muchos de nosotros hemos tratado de revivir y practicar, con la poderosa ayuda de los estudios y libros de Matila Ghyka. En resumen, el platero debe hacer impecablemente su obra en la que, al concebirla, habrá puesto el "Número" al servicio del corazón. ¿Acaso es pedirle mucho? Nobleza obliga: dije ya que el platero iba a la cabeza de las corporaciones, símbolo que, al consagrarlo el primero de los artesanos, lo emparentaba con el arte puro.

Estas consideraciones son, ante todo, un grito de alarma. En la tormenta que actualmente sacude a Europa, ¿quién va a conservar las altas tradiciones del oficio?

¿El Oriente? Arde también y, además, no producirá sino trabajos de escuela, bien hechos, pero de continua copia.

¿Los Estados Unidos? Este país es demasiado nuevo, entregado al trabajo en serie; aunque es cierto que se nota cierta inquietud y que, por curiosidad o por gusto, nace una clientela que pide "otra cosa".

¿Sudamérica? Sé de su profundo amor a la platería, sentimiento que sus plateros deberían explotar. Algunos países, como el Perú, presentan grandes posibilidades. Informando en la Exposición de París de 1937, estudié su producción, que no me parece aún madura.

Un solo país, creo yo, puede, si lo quiere, desempeñar un papel preponderante: México. Este país posee la materia prima, la habilidad manual no tiene rival, su civilización es una de las más viejas del mundo y su patrimonio artístico muy considerable. Pero, ¡cuidado con la virtuosidad! Se dice de los mexicanos que copian maravillosamente, lo cual puede ser homenaje a ciertas calidades, entre ellas la destreza manual, pero es también una crítica. ¿Qué copian? Elementos antiguos arreglados y no por aficionados. Y la palabra "copia", como hemos visto, implica muerte.

La pintura mexicana ha dado grandes artistas y nos asegura que la sensibilidad vive y que otras grandes obras mexicanas nacerán de México. Tierra de auténticos plateros, México debe darnoslos y el mundo se lo agradecerá.

El destino de la Platería se está jugando.